

cia tenía una lengua propia; pero á medida que eran conquistadas, se obligaban á aprender la de Cuzco. La corte usaba un idioma particular que solo ella conocia.

Hacian sacrificios de conejos, harina y frutos al Sol, que quizá era considerado por ellos como el primer ministro del omnipotente Pachacamac. Estaban dedicadas á su servicio mil quinientas vírgenes, escogidas en las familias de los Incas; estas, encerradas en un convento sin ver á ningún hombre mas que al emperador, el cual tambien se guardaba de presentarse en el sagrado recinto, se ocupaban en las labores mas finas, en preparar todo lo necesario para el culto y en mantener el fuego sagrado: si manchaban su castidad eran enterradas vivas, y exterminada su familia y su cómplice. Habia ademas en el reino otros conventos, en los cuales se recibian niñas de todas condiciones, con tal que fuesen hermosas, y el rey escogia entre ellas sus concubinas.

Ademas del Sol, adoraban tambien algunos ídolos, á quienes tenían por oráculos, y consistian en grandes piedras esculpidas ó en pedazos de madera, colocados en riquísimos cojines: tenían tambien sacerdotes y alhajas. En el centro de cada pueblo se elevaba una piedra que estaba considerada como deidad tutelar, y era invocada en las desventuras y en la prosperidad.

Los matrimonios se celebraban en tiempos determinados, y segun la voluntad del Inca ó de los curacas, y siempre entre parientes ó conciudadanos. La mujer, despues que se casaba, salia muy poco de casa, dedicándose á hilar y á tejer. El destetar á los niños era una solemnidad doméstica; pero despues recibian una educacion muy dura. Ponian á los muertos sentados, y así los encerraban con todos sus vestidos en tumbas rodeadas de una pared ó en el subterráneo de la familia; algunas veces erigian en el mismo sitio un túmulo ó una pirámide. Con el Inca se solian enterrar tambien sus esclavos y mujeres predilectas; el luto nacional duraba un año, en que se hacian peregrinaciones, lamentos y oblaciones.

Todos sus actos respiraban mansedumbre, y hasta las guerras que emprendian tenían por objeto civilizar á los vencidos y aumentar los adoradores del Sol. Pero, como dice Humboldt, en el Perú habia riqueza general y poca felicidad privada; resignacion á los decretos reales mas bien que amor á la patria; obediencia pasiva sin valor para empresas atrevidas; un espíritu de orden hasta en las acciones mas indiferentes de la vida, sin ninguna grandeza en las

En nuestro tiempo, los jefes de la revolucion de Chile dirigieron una proclama á los del Perú en esta lengua, exhortándoles á levantarse en nombre de Manco-Capac, de Yupanqui, de Pachacutec. Hállase original en el *Journal of residence in Chili* de Maria Graham.

En la pág. 5 de la *Nouvelle histoire du Pérou par la relation du père DIEGO DE TÓRRÉS*, Paris, 1604, se ve que fué impresa en Roma una gramática de la lengua aymara, compuesta por un padre italiano.

ideas, ni elevacion de carácter. Las instituciones mas complicadas de la sociedad humana habian sofocado la libertad individual, y para hacer felices á los hombres, los habian reducido á unas estatuas.

Tal era el país que Pizarro se proponia recorrer y conquistar. Huaina-Capac, duodécimo emperador, habia sometido el feroz reino de Quito, y despues le habia dado con la civilizacion caminos y canales, y aunque los Incas no podian unirse sino con las vírgenes de su propia sangre, él se habia casado con la hija del rey destronado, prefiriéndola lo mismo que al hijo que tuvo llamado Atabalipa (Atahualpa), á quien dejó el reino de Quito á su muerte. Esto fué causa de enemistades entre este y el nuevo Inca Huascar, el cual quedó vencido y en poder del enemigo con su capital. Atabalipa sometió tambien á los voluptuosos y feroces habitantes de Tumbes, y embelleció la ciudad con palacios y templos: lo mismo hizo con la isla de Puna, no sometida por nadie hasta entónces, y que pronto se sublevó matando á la guarnicion, por lo cual el emperador tomó una terrible venganza, que fué objeto de los cantos. Conquistó y civilizó otros pueblos; pero estas empresas le costaron torrentes de sangre.

Atahualpa, despues de haber escuchado la embajada de Pizarro, le envió presentes, y le dejó seguir sin dificultad hasta Caxamalca; antes bien quiso salirle al encuentro para visitarle y poner de manifiesto su magnificencia. Llegó precedido de cuatro correos, llevado en un riquísimo trono cubierto de plumas de papagayo, vestido de finísimas plumas unidas por broches de plata y de oro, y seguido de muchos cortesanos con no ménos espléndidos trajes; detras de ellos iban cantantes y bailarines, y por último treinta mil soldados.

Todo era estrépito y alegría entre los Indios y grave silencio entre los Españoles, dispuestos con gran seguridad por Pizarro, el cual teniendo á la vista el ejemplo de Cortés, se propuso imitarle, posponiendo al buen éxito la fe y la caballerosidad. El capellan Valverde, saliendo al encuentro del Inca, le expuso las acostumbradas razones que el emperador no pudo entender, á excepcion de que le invitaba á hacerle Cristiano y vasallo de la España. Apénas hubo respondido el Inca con la indignacion que esta proposicion se merecia, sale Pizarro con un puñado de los mas resueltos, destruye toda resistencia y le hace prisionero, cogiendo un botín que superaba las exageraciones de la mayor codicia. Así la perfidia y la superioridad en las armas y en el valor daban un poderoso imperio á un aventurero que no tenia mas que ciento sesenta hombres y tres cañones, y no perdió ni un soldado en la matanza de cuatro mil enemigos.

Explorando los Españoles el país, siendo bien acogidos en todas partes por las órdenes que habian hecho dar á Atahualpa, encontraron á Huascar, el cual dijo que pusiesen en conoci-

miento de Pizarro que su hermano no podia satisfacer su deseo de oro sin despojar los templos; pero que él, con tal que le diesen libertad, les daria cuanto quisiesen, pues su padre le habia dejado ocultos tesoros. Atahualpa lo supo, y le mandó matar, y comprendiendo que la única pasion de los Españoles era el oro, prometió, si le ponian en libertad, llenar la habitacion en que estaba, que tenia veinte y dos pies de largo y diez y seis de ancho, hasta la altura á que se pudiese llegar con la mano (1). Entónces principiaron los indígenas á llevar oro, y ya tenían reunidos setenta y cinco millones, cuando los conquistadores no supieron contenerse mas, y arrojándose sobre ello, se lo repartieron, tocando á cada caballero doscientos mil francos y una quinta parte á cada infante. Muchos creyendo que habian ya ganado bastante, volvieron á su patria, y Pizarro los dejó irse para que divulgasen el hecho. Desde aquel momento principiá á encarecerse todo en Europa.

Mas no por esto los afortunados aventureros pusieron en libertad á Atabalipa, el cual dicen que habiéndose admirado principalmente del arte de escribir, se hizo escribir en la uña el nombre de Dios, y lo enseñó á varios soldados, que todos leyeron de un mismo modo. Pizarro fué el único que no supo leerlo, porque no conocia el alfabeto, por lo cual le manifestó desprecio Atabalipa, y él juró vengarse, y cuando vió que ya no podia sacarle mas oro, pensó quitarle la vida. Como si quisiesen hacer burla de los tribunales de Europa, muchas veces no mas justos, pero sí mas ordenados, instruyeron un procedimiento en que fué condenado á ser quemado vivo; pero habiendo consentido en recibir el bautismo se contentaron con ahorcarlo. La corte de España, que habia perseguido al magnánimo Colon, elevó hasta el cielo á Pizarro, que le enviaba tantas justificaciones en oro, y añadió setenta leguas de costa á los dominios que le habia concedido.

Entretanto Pizarro, entre victorias y perfidias habia conseguido apoderarse del Cuzco, capital de los Incas. Está situada esta ciudad en lo alto de una montaña, con grandes calles que se cruzan en ángulos rectos, y rodeada de dos rios, con magnificas calzadas y formidables castillos. La ciudadela era de enormes piedras irregulares; estaba rodeada de un triple muro, y la puerta se cerraba con una grandísima piedra. La torre redonda de la ciudadela, que servia de apesento á los Incas cuando iban allí, era magnífica; sus paredes estaban revestidas de planchas de oro y de plata, con efigies de animales y plantas. Los monarcas habian obligado á algunos de los salvajes sometidos á construir en los arrabales de Cuzco habitaciones, como las

(1) Es un cuento. Todo el oro encontrado hasta hoy llenaria un volúmen de 149 metros cúbicos, esto es, media habitacion ordinaria. El que Pizarro y Almagro quitaron del templo del Sol, llenaria un cubo de la tercera parte de un metro, esto es, 6,000 kilogramos. Desgraciada la historia cuando hay que comprobarla por medio de cifras y medidas.

que usaban en el país de que procedian los orientales al Oriente, los meridionales al Mediodía, y así los demas, y á medida que se extendia el imperio, se agregaba á los precedentes nuevos súbditos, estableciéndose en el punto á que correspondia la situacion geográfica de su país natal, y usando todos su modo de vestir y de vivir, de modo que podia decirse que la ciudad era un compendio del vasto imperio.

La magnificencia del templo del Sol sobrepasaba los sueños de la imaginacion. Las paredes estaban cubiertas de láminas de oro; en el altar mayor estaba el dios colocado en efigie sobre una lámina doble gruesa que las demas, que ocupaba de uno á otro lado del templo. Á ambos lados estaban los cuerpos de los Incas por orden cronológico, embalsamados y sentados en tronos de oro; todas las puertas del templo eran de oro; habia al lado un claustro de cuatro lados, sobre el cual lo mismo que sobre el templo se extendia una guirnalda de oro de un metro de ancha, y alrededor cinco pabellones cuadrados que concluian en pirámides; estaba dedicado el primero á la Luna, mujer del Sol, era todo de plata y en él se depositaba á las reinas; el segundo á Venus, á las pléyadas y otras estrellas; el tercero al trueno, al relampago y rayo; el cuarto al arco iris, y el último estaba reservado para el gran sacrificador y los sacerdotes, que eran elegidos de la familia de los Incas, y daban allí audiencia y deliberaban sobre las cosas del culto.

Partian de Cuzco dos magnificos caminos, que llegaban atravesando quinientas leguas hasta Quito: uno llano á lo largo del mar, y otro por la montaña; estaban terraplenados los valles y aplanados los montes; habia de trecho en trecho hospicios, fortalezas y templos, y en los lugares convenientes habian construido unas elevaciones, adonde podian subir los que conducian al Inca para que gozase una hermosa perspectiva.

Á la muerte de Huascar debia suceder Manco-Capac II, el cual voluntariamente se sometió á los Españoles é insinuó á los súbditos, ya por sí muy tranquilos, la obediencia para ser reconocido emperador. Hernando Pizarro, hermano de Francisco, que habia ido á España á justificar la conquista, habia prometido á Carlos V una enorme suma en compensacion de los favores concedidos á su hermano; pero al conquistador pareció extraño que para una empresa tomada por su propio riesgo y consejo, no bastase lo mucho ya mandado, y que para saciar al lejano emperador y los ociosos cortesanos, tuviese que mandar las riquezas destinadas para premio de sus soldados, y para fundar ciudades y colonias. Hernando, para cumplir su promesa, indujo al Inca á que hiciese un gran regalo á España, á fin de recuperar sus títulos y tener seguridad; hizo lo, pero sin fruto, porque los aventureros se entregaron luego al saqueo.

« Al principio, dice Gomara, arrancaban la plata de las paredes de los templos, registraban

las sepulturas para sacar los vasos de oro y plata depositados en ellas, robaban ídolos, casas y fortalezas, en que los Incas habían reunido inmensos tesoros. Mas ni por esto quedaban satisfechos, porque cuanto mayores riquezas descubrieran, mas era su codicia. Y lo que principalmente ansiaban era descubrir los tesoros de Huascar y otros principales señores del Cuzco; pero no lo pudieron conseguir, ni hubo Indio que lo declarase, aunque á muchos dieron tormento. »

Luque había muerto ántes de recoger el fruto, y Almagro, consejero de los partidos feroces, se dispuso á conquistar la costa que la corte de España le había asignado, que era el territorio de Chile. En el camino se vió molesto por las inclemencias del clima mas cruel que nunca había experimentado, y hombres y caballos perecieron de frio, y hácia el Mediodía se encontraron con naturales robustos y feroces, que vestidos de pieles de foca y de lobos marinos resistían, y aun cuando derrotados, volvían á levantarse.

1536.

Había el emperador asignado á Pizarro la *Castilla de oro* hasta la línea, y doscientas leguas mas allá á Almagro con el nombre de reino de Toledo. Entre estas quedaba comprendido el Cuzco, por lo cual los dos conquistadores empezaron á disputársela. Almagro, que había obtenido en Chile pronta obediencia desahaciéndose del Inca, volvió gran trecho por la playa, experimentando al contrario de lo que ántes le había sucedido en todo lo que anduvo, los excesos del calor: cuando llegó, vió que los Peruanos, habiendo conocido aunque tarde á sus opresores, se levantaban por todas partes, y parecía que el número iba por fin á tomar venganza de los merodeadores. Animados por Manco-Capac, se habían ya apoderado de media ciudad, mientras que Pizarro, sitiado por nueve meses, defendía la otra con un puñado de valientes. Fugitivos ó engañados los naturales, y habiendo hecho prisionero á su émulo, obtuvo Almagro la pingüe ciudad; pero los vencidos pudieron consolarse al ver destrozarse alternativamente sus conquistadores, y Almagro, derrotado por los años, quedó vencido y prisionero, siendo condenado al patíbulo. Aterrado ante una muerte ignominiosa el que tantas veces la había arrostrado en el campo, se deshonró implorando piedad del que, á su parecer, nunca la había conocido: un Negro tan solo fué el que le administró los últimos oficios. Manco-Capac se retiró á los Andes, y con él terminó el imperio.

1537.

1538.

Las riquezas no daban la felicidad; la abundancia del oro hizo encarecer los demas objetos; la pasión del juego empobrecía de un golpe al que el día ántes era riquísimo. y la corrupción se presentó en una desnudez sin igual. Francisco Pizarro no solo había oprimido á los naturales, sino disgustado á los colonos, y al repartir los terrenos y los indígenas, había privado de ellos á los fautores de Almagro. Uníéronse los descontentos al hijo de este, y rebe-

1541.

lándose, dieron muerte á Pizarro, persiguieron á sus partidarios buscando, por medio de la tortura, las riquezas que se suponía debían tener. Exacerbáronse las pasiones; los nuevos gobernadores de nada servían; si alguno quería proteger á los Indios, caía en la indignación de los Españoles: Diego Almagro se declaró en abierta rebelion; pero fué cogido y muerto. Así, pues, la horca era el apoteosis de los conquistadores. Y bien merecida la tenían.

Carlos V, conociendo la importancia del Perú, declaró que todas las tierras pertenecían á la corona, á la cual eran reversibles á la muerte de los primeros investidos; hizo libres á los esclavos, y dispuso que los naturales pudieran redimirse de los trabajos por dinero. Blasco Núñez de Vela fué enviado con esta orden, y se ejecutó sin modificación y sin demora, de suerte que de un golpe fueron despojados los poseedores y aprisionados mucho oficiales.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, y conquistador él mismo de difícilísimos países, se puso á la cabeza de los revoltosos, y haciéndose reconocer por gobernador, dió muerte en batalla al virey Núñez; se situó en Lima, fundada por su hermano por capital del país (1535), é hizo de rey, aunque rehusó el título. Carvajal le persuadía á que se casase con una hija del Sol, que se reconciliase con los Peruanos y Españoles, y reinase independiente; pero Pizarro, malvado á medias, dió tiempo á los Españoles para ponerse en guardia. Carlos V, no viéndose bastante libre para comprimirlo á viva fuerza, recurrió á la perfidia, y mandó á Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, que asegurase un perdon universal para todo el que se sometiese, y que diese el vireinato á Pizarro, pues estaba contento, aunque lo tuviera el diablo, con tal que no le quitasen las minas del Potosí; y si se obstinaba, que pidiese auxilio á las colonias.

1546.

Gasca, solo, anciano inerme, fué á cuatro mil millas de la patria para poner paz. Pero ¿cómo conseguirlo? Pareció á Gonzalo que era tratado con particular aversion y se le declaró enemigo, por lo que tuvo que acudir á hacerse obedecer por la fuerza. Rompióse en guerra civil; los primeros oficiales desertaron del estandarte de Pizarro, que al fin cayó prisionero y fué condenado á muerte lo mismo que Carvajal. De esta suerte pagaba Carlos V á sus héroes; de esta suerte recompensaba la justicia divina, sirviéndose de la ingratitude política, las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Gasca procuró aliviar la suerte de los Peruanos, ya que no podía dispensarles completamente del trabajo; empleó el ardor de los descontentos en nuevas empresas, y despues de haber recompensado liberalmente á sus fautores, trajo á Carlos V un millon y trescientos mil pesos (1), al mismo tiempo que él volvió pobre á la religiosa oscuridad de donde salió para ser obispo de Palencia.

(1) El peso de entonces equivalía á un luis.

Pero ¿cómo había de encaminarse por la senda del buen gobierno un país en que solo se buscaba oro, y del oro dependía la traicion y la fidelidad? La insana política española suscitaba los descontentos, prolongaba las venganzas, y por consecuencia las facciones, y para reprimirlas, establecía el reinado del terror, cual si quisiese vengar con la sangre de los suyos la de los Peruanos. Estos habían mirado con constante afecto á Manco-Capac, hasta que fué muerto por un Español en una refriega; sus dos hijos parecieron peligrosos al virey, y ordenó que el sucesor Sairi-Tupac fuese á ponerse en su poder. Murió en breve: su hermano Amaru-Tupac, que se negó á presentarse, fué perseguido, aerrojado y decapitado y perdida con él la última esperanza de los Peruanos, los cuales habiendo quedado como presa de una avarienta turba, se doblaron á ella dócilmente hasta el punto de no atreverse á expresar su despecho. Las órdenes dadas para abolir los repartimientos de Indios y la esclavitud, dejaron sentir muy tarde sus efectos, y entonces se formaron los Comunes; pero ¿cómo enfrenar la exuberancia de la avaricia privada estando tan lejos de aquellos que hubieran podido reprimirla?

Un reino lleno de habitantes fué reducido á tres millones (1), y á tener que buscar auxilio en los Negros, de suerte que la industria y la agricultura perecieron; los grandes monumentos, apenas concluidos á la llegada de los conquistadores, cayeron destrozados. Pero los Peruanos no olvidaron á los hijos del Sol, y de vez en cuando fué proclamado un nuevo Inca como en 1742, y cuarenta años despues, Gabril Condorcanqui, descendiente de Tupac-Amaru, cacique en Tungasac en el Alto Perú, y educado por los Jesuitas en Cuzco, tomó el nombre de Amaru, y se declaró jefe de sus compatriotas rebeldes contra los Españoles. Pero dominado por las pasiones, y faltó de la resolución que se requiere en quien acaudilla una rebelion, en vez de fraternizar con los criollos que odiaban á los Españoles, los trató como enemigos; no obstante, con una turba de Peruanos que despertaron á las antiguas memorias, se sostuvo mas de un año, oponiendo el valor desesperado á la disciplina. Hecho prisionero fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos, se le cortó la lengua, fué descuartizado por cuatro caballos, destruida su casa, y condenada á muerte ó desterrada toda su parentela; á los Indios se les quitaron sus privilegios, si alguno les quedaba; se abolieron sus fiestas y reuniones, y se les prohibió que ninguno tomase el título de Inca.

(1) Corren ideas muy exageradas acerca de la población de América, y muchas inexactas. Dicese que fray Jerónimo de Loaisa, arzobispo de Lima en 1551, vió que había 2.800.000 Indios en el Perú. Humboldt lo duda, porque nada se ha encontrado en los archivos. No es muy fuerte este argumento. En el censo hecho por el virey Gil Lémus en 1793 se contaron 6.000.000.

Esta ejecución atroz, que manifiesta no ser los Españoles mejores que sus padres, recrudeció la resistencia; Andres, primo de Amaru, que pudo escapar del cuchillo, para expugnar sin cañones la ciudad de Sorata, dirigió á ella los torrentes de los montes, y no perdonó mas que á un solo sacerdote de veinte mil habitantes. Los Españoles, recurriendo á la traicion y á la política, cogieron los jefes y aquietaron á los demas, y el último vástago de los Incas quedó prisionero en Ceuta hasta que se publicó en 1820 la constitucion (1).

Sin embargo, mientras tanto se introducían las artes y la civilización europea. Carlos V, en 1545, fundó en Lima una universidad con tres colegios reales, donde alguna vez hubo doscientos profesores y tres mil estudiantes. Allegaron á los granos que los indígenas poseían otros nuevos frutos, y así mismo la riqueza de nuevos animales.

CAPÍTULO IX

América Meridional. — El Dorado.

Apénas hacía un tercio de siglo que se había descubierto el nuevo continente, cuando ya se habían esparcido por todo él estos intrépidos aventureros, y las mismas empresas, la misma crueldad, y el mismo valor, se reproducían en todas las comarcas del Nuevo Mundo. Separados de la patria, entre renacientes maravillas de la naturaleza y de la propia audacia, olvidaban que eran instrumentos de una potencia lejana, y con el entusiasmo de una persuasión ó de un interés personal, se arrojaban á descubrimientos y conquistas.

Mientras algunos trataban de someter á Chile, otros tomaban dirección opuesta. Vadillo llegó desde el Golfo de Darien hasta el extremo del Perú, esto es, se apartó mil doscientas leguas entre montañas y selvas desiertas; expedición la mas audaz que registra la historia. Benalcázar, oficial de Pizarro, sometió á Quito en los Andes, uno de los países mas hermosos del mundo; pero Alvarado, que había militado con Cortés, tenía el gobierno de la Nueva España, y creyendo que Quito pertenecía á su jurisdicción, la invadió, y pasando por puntos que hubieran sido admirables á ser mas noble el motivo, se puso frente á Benalcázar. Estaban para combatir, cuando comprendieron que era locura disputarse un país que apenas podían defender unidos, por lo cual Alvarado quedó contento con cierta suma de dinero.

España y Portugal no habían podido ponerse de acuerdo acerca de la posesión de las islas Molucas, donde habían abordado los unos por el Levante, los otros por el Poniente, y no habiendo

(1) El cuidado de los Españoles hizo que nada pudiera saberse de estos hechos en Europa: tomamos estas noticias de las Memorias del general Miller, publicadas en Londres en 1828.

1537.

1531.